

Estudios Exégeticos Homiléticos

Volume 2007 | Number 84

Article 1

March 2007

Número 84: Cuaresma 2-Cuaresma 5

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2007) "Número 84: Cuaresma 2-Cuaresma 5," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2007 : No. 84 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2007/iss84/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 084 – Marzo de 2007**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Pablo R. Andiñach****4 de marzo, Cuaresma 2 (Morado)**Salmo 27; Génesis 15:1-12; 17-18; Filipenses 3:17-4:1; *Lucas 13:31-35*

Es curioso encontrar en este pasaje que los fariseos parecen aconsejar a Jesús para preservar su vida. En la escena siguiente (14:1) entrará a comer en casa de uno de ellos mientras otros fariseos lo acechaban. Es preciso señalar que la relación con los fariseos es de hostilidad debido a la pretensión de Jesús de colocarse por encima de algunas de sus interpretaciones rígidas de las leyes religiosas. Éstas en general los llevaban a caer en la hipocresía, punto central de conflicto con el discurso de Jesús. Pero en cuanto personas religiosas no necesariamente debían estar lejos de las palabras del Señor y hay numerosos textos que lo muestran en diálogo y en la casa de fariseos. Alguna vez tendremos que revisar nuestra común visión de los fariseos y erradicar el sentido de hipocresía con que hemos vinculado a fariseísmo.

En este caso quien evitar la muerte de Jesús y recomiendan salir del lugar y esconderse pues Herodes lo busca para matarlo.

La respuesta de Jesús es sorprendente: llama “zorra” al hombre más poderoso del país y le anuncia a quienes lo escuchan que no abandonará su vocación de ir a Jerusalén. En lugar de asustarse y huir de la muerte desafía a su verdugo y confirma su voluntad de asistir a la cita en la ciudad del rey. ¿Por qué lo hace?

1. Para dar testimonio. Anuncia que su tarea continuará tal como hasta ese momento y que al tercer día será concluida. Esto es una alusión no a sus actividades cotidianas sino a su muerte y resurrección. Se ha señalado que este tipo de pasaje supone que el autor conoce el desenlace de la historia y que de este modo deja entrever lo que luego será confirmado. Consideramos que es evidente que es así. Los evangelios se escribieron íntegramente luego de la muerte y resurrección de Jesús, de modo que al seleccionar este dicho de Jesús –entre otros que fueron olvidados- está el autor aludiendo al desenlace final.

2. Para relativizar el poder de Herodes. Todos temían al poderoso rey y pocos se habrían animado a contradecir sus palabras. Menos a burlarse de él. Jesús con su actitud pone en evidencia que su ministerio no puede ser detenido por un vulgar rey, en última instancia uno más de la inmensa lista de gobernantes a lo largo de los siglos. Tan insignificante que nada sabríamos de él sino fuera porque le tocó ser parte de la historia de Jesús. Pero más aún, la respuesta de Jesús coloca en el centro del pensamiento no la persecución a que es sometido sino la misión que está llevando a cabo. Herodes busca matarlo y él continuará haciendo lo que debe hacer a pesar de esa amenaza.

3. Para señalar que hay una tarea que tiene que cumplir. Su misión es más que curar y expulsar demonios. Si a eso hubiera venido sin duda que habría hecho caso de los fariseos y se habría escondido para asegurar su vida y prolongar el tiempo en que podía curar y ayudar a la salud de tantos enfermos. Pero esas acciones son testimonio de otra cosa –y muchas veces en la iglesia olvidamos esto- que involucra un sacrificio en la cruz tan solo vislumbrado en este momento del relato. La expresión “no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén” es extraña pues nada indica que allí morían los profetas y menos que todos –al menos los conocidos- haya muerto en esa ciudad. Quizás aluda a en términos generales a Jerusalén como ciudad hostil al mensaje profético recurriendo a las exageraciones propias de la literatura semítica.

La imagen de la gallina

Sería un error no explotar homiléticamente esta bella imagen que Jesús utiliza para referirse a sí mismo. Creo que no hay otra ocasión en la cual el Señor se compara con algún ser, ¡en este caso un animal! Pero el sentido es muy profundo. Jesús utiliza esta imagen para transmitir algo que toda persona de su tiempo y lugar entiende sin problemas. Que así como la gallina reúne a sus hijos debajo de ella para protegerlos, así Jesús busca proteger a los habitantes de esa ciudad. Notemos tres elementos:

a. La gallina es –obviamente– femenina. Jesús se compara con un ser femenino. Es claro que esto alude a la condición maternal de la gallina y a la preocupación por cuidado de sus hijos. Por ejemplo, el gallo no habría servido para la misma imagen pues connota agresividad, poder, gallardía; y lo que interesa al texto es destacar calidez y protección.

b. Señala que lo ha intentado muchas veces y que tantas otras no han querido. Es probable que se refiera a las autoridades políticas y religiosas de la ciudad. Ellas no aceptaban el mensaje de un hombre de Galilea y menos de alguien que cuestionara sus tradiciones y poder. Es a la vez una advertencia, pues no habla en principio de castigo y destrucción sino de intento de protección y cuidado. No rechazan un rey, rechazan una madre.

c. No aceptar ser cuidados implica entrar en un tiempo de angustia que no imaginan. La desolación de la casa es un símbolo no de la destrucción física –que igual será real en el año 70- sino de la soledad de no aceptar el mensaje de Dios. Serán como huérfanos que no tienen quien los proteja.

La pregunta por nuestra propia actitud ante el Jesús que anuncia que llevará a sus últimas consecuencias su misión –aún hasta la muerte– nos invita a pensar sobre nuestro compromiso con Señor y la parte que no toca en esa misión.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 084 – Marzo de 2007**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Pablo R. Andiñach****11 de marzo, Cuaresma 3 (Morado)**Salmo 63:1-8; Isaías 55:1-9; 1 Corintios 10:1-13; ***Lucas 13:1-9***

Este pasaje combina dos textos. Un diálogo y una parábola, ambos relacionados temáticamente. La primera parte es un fuerte alegato contra un pensamiento de aquella época que tiene sus representantes en la nuestra. Consiste en suponer que las tragedias y los malos momentos suceden como consecuencia de las malas acciones, pecados y desvíos. Desde vincular una enfermedad a algún pecado cometido hasta relacionar la condición de pobreza con un castigo de Dios por la desidia en aceptar su palabra.

La realidad contradice esto cada día, pero sin embargo hay todavía hoy quienes piensan de esa manera. No basta con señalar que los más finos delincuentes (narcotraficantes, estafadores, empresarios inescrupulosos) suelen prosperar y tener un excelente pasar económico mientras que la honestidad suele hacer perder terreno en el campo de los bienes materiales. Hay quienes se empeñan en continua pensando de esa manera, creyendo que Dios otorga premios y castigos cotidianos.

Jesús dice claramente que aquellos que fueron asesinados y su sangre insultada al ser mezclada con sangre animal producto de los sacrificios no recibieron este trato por ser más pecadores que otros. Y refuerza esta idea al evocar el accidente por el cual la torre de Siloé cayó sobre un grupo de personas y murieron. Nótese que los dos ejemplos cubren el aspecto de la muerte criminal (Herodes los asesina) y el azaroso (un eventual accidente). En ninguno de los casos señala Jesús que la muerte se debe vincular a las conductas de aquellas personas. No murieron por un castigo divino en respuesta a sus pecados. Pensar así conduce a suponer que los otros –los que no padecen situaciones de difíciles- son obedientes, buenos y fieles. De allí a suponer que si nada malo nos sucede es porque estamos en la buena senda hay solo un paso, y es un paso muy fácil de dar.

El creyente debe vivir entendiendo la realidad de otra manera. Jesús no duda en afirmar que todos somos pecadores y que lo que nos suceda debemos entenderlo como parte del plan de Dios para nuestras vidas. Bonanza o tristeza las debemos entender como oportunidades para perfeccionar la fe y ahondar en la esperanza. Así quienes padecen deben saber que Dios quiere que superemos ese momento y que a pesar de que muchas veces no entendemos por qué suceden algunas cosas el Señor estará con nosotros para ayudarnos a llevar esa carga.

La parábola

El mensaje de esta parábola puede se leído como de suma dureza y condenatorio o como un ejemplo del amor de Dios. Dependerá si enfatizamos la primera o la segunda parte del drama que desarrolla.

La segunda parte conduce a la tala de la higuera y a su destrucción. Si enfatizamos este aspecto dejaremos a nuestros oyentes aterrados y deseosos de huir de la ira que se avecina. Sin embargo la primera parte supone una actitud distinta. Cualquiera persona cuya higuera no de fruto por dos años la cortarían, mucho más si esto sucede por tercera vez. Lo normal hubiera sido que la higuera fuera cortada sin titubear. Pero el mensaje es que el Señor está dispuesto a dar una nueva oportunidad a aquellos que quizás ya no la merezcan. La higuera no será cortada sino que se la cuidará aún más, se le ablandará la tierra y se le colocará abono a fin de que las condiciones ambientales favorezcan su crecimiento. Y solo después de ese trabajo -y si aún no diera frutos- se tomará la decisión de cortarla.

Hay que tener en cuenta que la parábola considera que la falta de fruto en este caso tiene que ver con las condiciones adversas en que se encuentra la planta. Eso habla de la comprensión de Dios respecto a muchas de las carencias nuestras. Nosotros solemos ser rápidos para juzgar mal a quienes nos parece que no dan el fruto esperado o a quienes responsabilizamos de los problemas que nos suceden. En esta parábola se señala que en ocasiones los problemas y vicios pueden ser consecuencia de no disponer de la oportunidad y los medios adecuados para desarrollar como Dios espera los dones y las capacidades. De este modo nos enseña que más que juzgar debemos contribuir a crear las condiciones para que los frutos se den abundantes y a tiempo. Hay una picardía en la parábola: ¿qué planta que sea tratada de esa manera dejará de dar frutos? Probablemente ninguna, con lo cual se nos dice que la misión del creyente es trabajar para que las condiciones sean dadas para producir los mejores frutos.

Esto es un desafío a la fe y a la vida cotidiana. Debemos preguntarnos cuántas veces el fracaso y la desazón –nuestra o de otros- es consecuencia de no haber sabido dejar desarrollar lo que Dios espera de nosotros. En lugar de abonar la tierra la secamos y erosionamos. Luego culpamos a Dios de nuestros desvelos cuando deberíamos mirar que parte de responsabilidad nos toca en ellos. O pensamos que lo que nos sucede es un castigo divino.

Predicar sobre este texto es una invitación a poner delante de la iglesia la crudeza –pero también la bendición– de que somos responsables por nuestros actos. El Señor quiere que demos los mejores frutos y si no lo hemos hecho aún, antes que talarnos nos dará otra oportunidad. Pero a la vez instruirá al viñatero para que nos de un cuidado especial. Cuando andamos mal él nos pone en terapia intensiva para salvarnos y mostrarnos su voluntad para nuestras vidas.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 084 – Marzo de 2007**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Pablo R. Andiñach****18 de marzo, Cuaresma 4 (Morado)**Salmo 32; Josué 5:9-12; 2 Corintios 5:16-21; *Lucas 15:1-3, 11b-32*

Acercarnos una vez más a esta parábola es la oportunidad de volver sobre un texto bellissimo por su estilo y narración a la vez que profundo y denso en su significación. Se ha señalado que el título por el cual se la conoce (“parábola del hijo pródigo”) no hace justicia a su contenido. ¿Cuál es la prodigalidad del hijo? Es curioso que el diccionario de la Real Academia rinde para “pródigo” que si se refiere a una persona es quien desperdicia sus bienes, los malgasta. Pero luego ofrece la acepción: “muy dadivoso, que produce gran cantidad de algo”. Parece que la primera acepción está influida por el texto bíblico aunque el sentido más común es el de la siguiente acepción.

Sea cual fuere el sentido de la palabra pródigo, lo que sí es evidente es que el centro de la parábola no está en el hijo que se va y regresa sino en el padre que lo recibe. El ejemplo que desea transmitir es la actitud del padre que a pesar de que su hijo lo desairó y malgastó parte de sus bienes lo espera ansioso y lo recibe con una fiesta. Uno podría esperar que ante tamaña afrenta hubiera rencor y deseos de hacerle pagar el mal que había hecho. Pero la disposición del padre es a recibirlo, a alegrarse, a vestirlo y convocar a todos sus criados a festejar porque “mi hijo había muerto y ahora ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado”. Para ser fieles al texto deberíamos llamarla la “parábola del padre amante” o algo por el estilo.

Toda parábola es una comparación y en este caso lo que se compara es lo hecho por cada actor con la realidad de los creyentes. En un primer momento significó un mensaje para los israelitas del tiempo de Jesús. Muchos se habían apartado de la fe, otros caían en la idolatría detrás de dioses romanos o de los pueblos semitas circundantes. Otros malgastaban sus tradiciones religiosas al atarlas a formas rígidas y vacías de amor propio del Dios de las Escrituras. A ellos se dije para anunciarles que el padre no está esperando que regresen para darles el castigo merecido, ni está deseoso de ver humillarse al hijo que lo abandonó. Por el contrario el relato nos muestra un padre cuyo amor por su hijo supera toda barrera y que se alegra cuando este regresa aún habiendo perdido todo que se había llevado.

Hay detalles que no deben escaparse en la explicación de este texto. Por ejemplo que la herencia no se repartía antes de que muriera el padre, con lo cual el pedido de su parte es una afrenta y casi una falta de respeto hacia su padre a la vez que hacía disminuir el capital de la familia. Allí no se nombra al resto pero es de suponer que habría esposa y otros descendientes que se vieron afectados por la actitud del hijo menor. La ofensa es a la familia como tal.

Por eso no es de extrañar que el texto continúe introduciendo la figura del hermano mayor. El interpreta la acción de su hermano desde la perspectiva fría y concreta de los intereses económicos familiares y reacciona en dos esferas: en defensa del patrimonio de su padre y recriminando que por el perdido hay fiesta mientras que por él –que había estado siempre con su padre- nunca hubo una retribución. Lejos está en su actitud quejarse por su propio patrimonio –pues no estaba en juego-, ni por las consecuencias morales de la vida licenciosa de su hermano (nótese que lo llama “tu hijo”). Lo que lo indigna y así lo expresa es que se premie una acción mala y desconsiderada; que no se sancione al pecador por el pecado cometido.

La actitud del padre es bien distinta. El perdona porque ama. El también sufrió una pérdida económica y sintió que su hijo no actuaba con respeto y decoro hacia su persona pero antes que juzgarlo y condenarlo expresa la alegría de volver a verlo. La frase “mi hijo había muerto y ahora a revivido, se había perdido y ha sido encontrado” es el centro del mensaje. Alude tanto a nuestra propia perdición y rescate por Dios como a la actitud que debemos tener ante aquellos que nos hacen mal.

Los dos aspectos están contenidos en el relato. El padre que perdona y ama hasta el punto de organizar una fiesta por el hijo rebelde. Esto nos habla de la paciente actitud de Dios hacia nosotros y hacia la humanidad toda. Son como hijos que nos fuimos de casa y desperdiciamos lo más preciado: la vida, el tiempo, el amor que nos brindaron en nuestro hogar. Podemos pensar que si volvemos nos castigarán, no nos abrirán la puerta o nos rechazarán. El evangelio nos dice que el padre que ama siempre está dispuesto a recibir a su hijo perdido y que en el cielo hay fiesta cuando un pecador se arrepiente y regresa a casa.

El otro aspecto el nuestra parte. Tenemos la inclinación a cobrarnos las malas pasadas. En ocasiones tan caras que nos alejan de aquel que aún arrepentido nos pide perdón. El ejemplo del padre amante es que no hay afrenta tan grave que no merezca ser perdonada. Esto no significa que hemos de soportar todo y olvidar cualquier cosa que se nos haga, pues así no ayuda al ofensor a entender que ha realmente ofendido. Pero sí significa que la actitud que no pide el Señor es la de aquel que puede entender que no todo se soluciona cortando las relaciones con aquellos que nos ofendieron. ¿Acaso no oramos “perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos...? Esto es lo que hizo el padre amante: perdonó porque él también se sabía pecador.

Una predicación sobre este texto no puede dejar de tener un sesgo evangelizador. Todos de una y otra manera nos hemos apartado de la sana relación con el padre. Hay mil formas de malgastar lo que él nos da y seguramente cada uno sabrá cual ha sido la propia. Pero lo que hay que anunciar es que a todos nos espera con los brazos abiertos.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 084 – Marzo de 2007**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Pablo R. Andiñach****25 de marzo, Cuaresma 5 (Morado)**Salmo 126; Isaías 43:16-21; Filipenses 3:4b-14; *Juan 12:1-8*

Impresiona la naturalidad de la narración de este texto que comienza mencionando a Lázaro que un tiempo atrás había sido resucitado por Jesús y ahora comparte con el resto de su familia la nueva visita del Señor. Esa simplicidad en el tratamiento de la presencia de Lázaro a la vez nos invita a considerar el sentido de aquella resurrección: no tuvo como fin otorgar la eternidad a Lázaro, ni poderes especiales, ni un halo de misterio sobre su persona, ni una santidad particular; le dio la oportunidad de disfrutar de la vida y de compartir con sus seres queridos aquellas cosas que más les gustaban, entre ellas la compañía de Jesús.

Pero en esta ocasión sucede algo particular. María derrama un costoso perfume en los pies de Jesús. Esto era un gesto de humildad de parte de ella y a la vez una forma de agasajar al visitante. Es probable que el costo del perfume superara lo que podía esperarse de ella. Judas reacciona de una manera tramposa colocando la solidaridad con los necesitados como argumento para vender el perfume y repartir el dinero entre los pobres, cosa que no era su intención. Al ser él mismo el responsable de la administración de los fondos aprovechaba la abundancia para quedarse con parte de lo recaudado. El texto lo resalta para advertirnos sobre lo que luego sucederá.

La respuesta de Jesús es problemática: por un lado alude a que el perfume estaba destinado al día de su sepultura. Si es así no tiene sentido que lo vierta en este momento, sin embargo esto no parece producir una contradicción en el narrador que no explica la razón de utilizar perfume para difuntos en los pies de Jesús. Por otro señala que mientras los pobres estarán siempre allí su propia presencia no será muy duradera, preanunciando la cercanía de la pasión.

Los perfumes para las sepulturas eran costosos y solo las familias de dinero accedían a colocarlos en sus difuntos. No sabemos si es el caso de María pero es evidente que no se asombran porque poseyera tal unguento sino porque lo utiliza fuera de lugar: no estaba destinado a vivos sino a muertos.

Se ha especulado bastante sobre el sentido de este hecho. En algunos casos se ha pensado que el gesto de María presagia la muerte de Jesús, como si ella ya intuyera lo que iba a suceder. En otros se piensa que de esa manera evocaba la resurrección de Lázaro y a través de aquella experiencia la resurrección de Jesús. Por último se ha pensado que María deseaba dar testimonio de su total confianza en Jesús derramando el perfume que habiendo sido pensado para un difunto lo entregaba a su Señor en vida como signo de dar lo máspreciado, incluso en contra de las costumbres de la sociedad.

El otro aspecto problemático de la respuesta es la frase “a los pobres los tendréis siempre”. En interpretaciones antojadizas se la entiende como una forma de evitar comprometerse demasiado con la transformación del mundo y la justicia pues ya el mismo Señor nos advierte que no se erradicará la pobreza por más esfuerzo que hagamos. Sin embargo no parece ser esa la intención de Jesús al decir tal frase.

Debemos ver en ella la aclaración de parte del Señor de que su presencia pone en crisis cualquier otra dimensión. Así como ante él los monarcas se develan débiles, los sabios parecen incoherentes y los más piadosos son mostrados en sus hipocresías, en esta oportunidad Jesús señala que aún la realidad de la pobreza debe ser puesta en perspectiva ante su testimonio. No es una afirmación de la derrota eterna en la lucha contra la pobreza sino una advertencia de que el seguimiento de él y el reconocimiento de su carácter salvador no pueden relativizarse incluso por la presencia de los pobres. Atenderlos a ellos no alcanza sino que hay que confiar en él y reconocerlo como salvador. Es la misma idea presente en 1 Corintios 13 cuando se dice que aunque repartiese todos mis bienes y entregara el cuerpo en sacrificio, sin amor de nada sirven. Así toma sentido la actuación en esta escena de Judas. El no busca favorecer a los pobres sino su propia ganancia, poniendo en evidencia que no es la fe y la confianza en Jesús lo que mueve sus pensamientos. Es claro que luego de la muerte y resurrección continuará habiendo pobres y desprotegidos, pero lo que hay que comprender es que aún con el valor que para la misión de Jesús ellos tenían, su presencia no podía opacarse por un dinero que podría haberse destinado a paliar su situación.

¿De qué nos habla a nosotros este texto? Queremos señalar dos aspectos:

- 1.** Nos impulsa a perfeccionar el seguimiento de Cristo. Hemos de ofrecer al servicio de la misión la mejor que tengamos. No podemos darle las sobras al Señor, o entregarle lo que no tiene valor ni nadie quiere.
- 2.** Nos clarifica que cuando trabajamos en favor de los pobres, de los derechos humanos, de la democracia, etc. lo hacemos como respuesta al amor de Dios. Porque él creó a cada ser humano es que nos duelen las injusticias; porque él quiere que todos puedan expresarse libremente es que buscamos consolidar las estructuras democráticas. Nuestro compromiso con un mundo más solidario y justo no debe competir con nuestra fe sino, por el contrario, debe alimentarla.